

sibles. Aquel parlamento estableció en Quebec una corporación municipal al estilo de la de las grandes ciudades de Francia, innovación que fué en aquella época un acto atrevidísimo, porque era diametralmente opuesta á la política del rey, y por esto observó su ministro Colbert al conde, en contestación á su relato:

«La convocación de los habitantes para hacerles jurar fidelidad al rey, y su división en tres brazos, habrá dado por el momento un resultado satisfactorio, pero haríais mejor en tener presente que debéis conservar en el gobierno del Canadá las formas usadas aquí; y pues que nuestros reyes han juzgado conveniente desde mucho tiempo acá no reunir los Estados generales del reino, acaso para abolir insensiblemente este uso antiguo, es de vuestro deber dar á los habitantes del Canadá solo muy rara vez, ó mejor dicho, nunca, una organización corporativa y de gobierno.»

No obstante, conociendo el rey y su ministro el talento del conde y su deseo de promover la prosperidad de la colonia sometida á su mando, le dejaron largo tiempo sin intendente que fiscalizara sus actos y entorpeciera su acción, hasta que al fin pusieron á su lado, con este carácter, á un tal Duchesneau. Este intendente pronto se inclinó del lado del obispo y del clero, que eran adversarios del gobernador. Los conflictos entre uno y otro se hicieron cada vez mas frecuentes, porque las ocasiones se presentaban á cada momento; pero el conde tenía la astucia de provocarlos solo cuando los buques que partían para Francia, en otoño, se habían hecho á la vela, porque entonces no había comunicación entre la colonia y la metrópoli hasta el otoño siguiente, y además no podía llegar la contestación del rey, ó sea de su ministro, sino á la entrada del verano inmediato; de suerte que el gobernador tenía año y medio de tiempo para realizar las disposiciones que le parecían convenientes. Sin embargo, el rey concluyó al fin por llamar á la corte al conde y al intendente, cansado ya de tantas quejas y acusaciones mutuas, entre las cuales figuraba también una de Duchesneau atribuyendo al gobernador negocios clandestinos particulares para enriquecerse. El tiempo justificó en cierta manera al conde, el cual al morir, mucho despues, en 1697, á la edad de 78 años, dejó un caudal muy modesto. Por lo demás, tampoco tenía el rey motivo para ser riguroso con tales funcionarios, pues que daba los empleos con preferencia á nobles arruinados para que mejorasen en el Canadá su posición.

Pocos blancos han sabido como Frontenac ganarse las simpatías de los indios sin merma del respeto que su orgullo de aristócrata y su posición exigían; hasta los indómitos iroqueses le respetaron y le consideraron como el mas grande de todos los gobernadores del Canadá, porque adivinaba todos sus pensamientos, nunca mostraba temor, les trataba con cariño cuando eran leales y les hacía sentir su enojo cuando meditaban alguna traición.

Situación política internacional de las colonias en la América del Norte

Antes de referir las guerras entre las colonias francesas é inglesas que sobrevinieron en la América del Norte, donde las dos naciones no podían vivir juntas, es indispensable echar una ojeada á las condiciones políticas, ofensivas y defensivas de las colonias francesas é inglesas.

Las colonias inglesas no solo carecían de todo lazo de unión entre sí sino que estaban celosas una de otra y siempre descontentas del gobierno de la metrópoli; de suerte que no pensaban en una acción común, ni sentían por otra parte necesidad alguna de extenderse hácia el interior al otro lado de las cordilleras que las limitaban hácia el Oeste; porque

viviendo de la agricultura y del comercio, basado sobre ella, prosperaban, dentro del territorio que ocupaban, á medida de su deseo. Sus gobernantes, ora fuesen elegidos por ellos mismos ó enviados por el gobierno de la metrópoli, no habían podido arrastrarles á ninguna empresa política. Tales empresas empezaban por exigir grandes sacrificios sin prometer, aun en caso de buen éxito, mas que un beneficio lejano y dudoso; de suerte que resultaban con toda evidencia indignas de personas laboriosas y prácticas, que tenían bastante que hacer con sus propios asuntos y no se cuidaban por lo general de las cosas que no les tocaban de cerca. La negligencia con que el gobierno inglés trataba á sus colonias dejaba á los habitantes una autonomía muy lata, pero les incapacitaba también para toda empresa de conquista y hasta de defensa común. En la época de que hablamos no comprendían todavía aquellos colonos, ni remotamente, la necesidad de una organización guerrera, y Nueva York como Massachusetts y New-Hampshire, la mas expuesta á ataques y sorpresas de enemigos extranjeros por mar y tierra, consideraban la guerra como una calamidad pública que convenía evitar á toda costa. Las colonias inglesas se desenvolvían pacíficamente; y mientras tenían sitio para los colonos cultivadores del suelo, no necesitaban ensancharse. Su desarrollo era concentrado y sólido, y al llegar la hora de necesitar dilatarse lo podrían hacer con ímpetu irresistible.

La situación del Canadá era muy distinta; su población vivía en general del comercio de pieles, comercio que juntamente con el sistema de gobierno civil y eclesiástico-misionero, dió á los habitantes franceses del Canadá el carácter guerrero, afanoso de aventuras, que les diferenciaba de la raza anglo-americana. El comercio de pieles indujo á los canadienses á establecer puntos fortificados estratégicos en el interior hasta donde fuese posible, para obtener el mayor radio de operaciones mercantiles; y esta tendencia condujo al Canadá al conflicto con las colonias inglesas, que entre tanto iban acumulando una fuerza latente que al fin debía quedar vencedora en la lid entre las dos nacionalidades.

El gobierno francés cometió la gran falta de poblar su colonia principalmente con gente aventurera y pretenciosa, en lugar de poblarla de personas laboriosas, inteligentes y sedentarias. Desde el día de la revocación del edicto de Nantes quedaron en Francia fuera de la ley cientos de miles de hugonotes, que habrían mirado como una gran merced poder emigrar y establecerse con sus familias en el frío é inhospitalario país norte-americano, del cual habrían hecho en poco tiempo una verdadera Nueva Francia vital y rica, dotada de la fuerza y empuje que fueron la base de la futura grandeza y poderío de las colonias anglo-americanas. Sin embargo, el gobierno de Luis XIV no supo aprovechar este elemento precioso y perdió la ocasión única, y que jamás volverá á presentarse, de centuplicar su poderío.

Los colonos del Canadá, obligados por las razones expuestas, establecían sus viviendas á lo largo de los ríos y en la proximidad de los fuertes, en los cuales todos podían refugiarse en momentos de peligro, pudiendo también con facilidad ayudarse mutuamente. La línea de sus establecimientos se extendía á lo largo del San Lorenzo hasta unas noventa millas inglesas (144 kilómetros), mientras la frontera mas expuesta de las colonias inglesas formaba una línea de 300 millas (480 kilómetros) y estaba compuesta de casas de labranza desparramadas en claros de inmensas selvas, en gran parte intransitables. Así pudieron causar daños sin cuento las bandas de franceses del Canadá y las tribus indias, sorprendiendo y degollando alevosamente á estas familias pacíficas. Hasta en las aldeas inglesas, excepto en las de la costa, cuyos habitantes vivían de los productos

del mar, las casas estaban separadas unas de otras por grandes trechos y cada familia, si sus medios lo permitían, fortificaba la suya del mejor modo que podía. En las colonias mas importantes había una casa fuerte que servía de castillo, en la cual se refugiaban los habitantes en los grandes peligros y desde la cual podían defenderse eficazmente, sobre todo si, como sucedía con frecuencia, contaban con un destacamento de tropa.

Las bandas francesas é indias, en las guerras que sobrevinieron, conforme referiremos luego, evitaron estos lugares mientras no pudieron atacarlos de noche y por sorpresa, y prefirieron degollar familias de labradores indefensos, hombres, mujeres, ancianos y niños, sin provocación de ninguna clase. Únicamente los gobernadores de Nueva York excitaban á los iroqueses contra los canadienses; y los holandeses de Orange, que despues se llamó Albany, los proveyeron de armas de fuego, municiones de guerra y aguardiente. No obstante, la colonia de Nueva York sufrió menos que las demás colonias de la Nueva Inglaterra las depredaciones y atrocidades de los franceses é indios.

En las guerras que sobrevinieron los indios desempeñaron un papel principal, pues como todo giraba alrededor del comercio de pieles, comercio que los mercaderes ingleses y holandeses trataban de arrebatar á los franceses, aquellos mercaderes se servían de los iroqueses, que dependían de ellos. En efecto, los salvajes no podían proveerse de armas de fuego, pólvora, plomo, aguardiente y otros artículos en los mercados franceses, sino únicamente en Albany, donde tenían que hacer sus compras en cambio de pieles de castor; y no abundando estos animales en su territorio iban á robar las pieles á las tribus que estaban bajo la influencia ó dominación de los franceses del Canadá, á saber: los hurones, otavas, illinois y otras razas afines de la iroquesa. La liga de las cinco naciones iroquesas era tan poderosa que los mismos franceses echaron mano de todos los medios para atraerse á estos pueblos, por su número y por su extraordinario valor, y los ingleses no escasearon esfuerzos para el mismo objeto. Los franceses fomentaron las pasiones bestiales y la ferocidad de los indios para alimentar la enemistad entre las tribus que les eran adictas y las que simpatizaban con los ingleses. Frontenac entregó prisioneros iroqueses á los indios aliados suyos para que estos se divirtieran haciéndoles morir á fuerza de tormentos, y del mismo modo fomentó las infamias que sus hordas cometían en las infelices familias de las colonias inglesas á quienes podían sorprender.

Los sucesores de Frontenac siguieron la misma política, y los iroqueses furiosos invadieron el Canadá sembrando el terror en toda la colonia. Tomaron é incendiaron á Montreal y otras poblaciones y fortalezas, así como á los caseríos y establecimientos agrícolas, degollaron á doscientas personas y se llevaron otras tantas prisioneras.

Estas noticias arrojaron su lúgubre sombra en medio del esplendor de la corte de Francia, cuando el sol del rey Luis XIV estaba en su mayor apogeo. El Canadá, por el cual este monarca había hecho tanto, estaba al borde de su completa ruina. En esta situación acordóse de Frontenac, que desde su destitución y regreso á Francia vivía en la corte en situación bastante angustiada, y le encargó por segunda vez el mando de la colonia. Habían pasado desde su primer nombramiento 18 años; Frontenac era septuagenario, y el rey, que se veía amenazado por toda la Europa, no podía desprenderse de tropas; pero así y todo, el conde aceptó la misión de reanimar los decaídos bríos de la colonia y defenderla esta vez contra los iroqueses vencedores é insolentes y contra las colonias inglesas, indignadas de las infamias cometidas por las bandas canadienses. La misión era tanto

mas difícil cuanto que Frontenac debía desempeñarla con fuerzas que se habían mostrado insuficientes contra los iroqueses solos.

La primera guerra intercolonial

Con los buques de guerra y con las tropas que había en la Nueva Francia recibió Frontenac la misión de sorprender y ocupar la ciudad de Nueva York. Llegado que hubo á Quebec organizó, en lugar de una, tres expediciones contra los ingleses. La primera salió de Montreal y fué dirigida contra el pueblo de Schenectady, el punto más avanzado en dirección Noroeste de la colonia de Nueva York, á unos 40 kilómetros al Noroeste de Albany. La fuerza destinada á esta expedición, compuesta de canadienses é indios, se puso en camino en medio del invierno, teniendo que marchar entre la nieve, arrastrando sus provisiones en trineos á mano. Al llegar á orillas del Hudson sobrevino el deshielo y la gente tuvo que marchar hundiéndose hasta las rodillas en el barro, en medio de terribles ventisqueros de nieve. Cuando llegaron al término de su expedición, destruyeron el pueblo y degollaron á los habitantes, 60 personas inocentes é indefensas entre hombres, mujeres y niños de ambos sexos, habiendo perdido de los suyos solo dos individuos. La segunda expedición tuvo por objeto la destrucción de Trois-Rivières (llamado por los ingleses Three Rivers) y la casería de Salmon-Falls, situada á orillas del río que forma el límite entre los Estados de New-Hampshire y del Maine. La sorpresa fué completa; las casas fueron reducidas á cenizas y los habitantes pasados á cuchillo. La tercera expedición salió de Quebec y se dirigió contra el fuerte llamado Logal, construido en lo alto de una colina que ocupa hoy una parte de la ciudad de Portland. El fuerte fué tomado por asalto despues de una defensa heroica. El jefe de la expedición prometió á los defensores, como á los colonos refugiados con sus familias en el fuerte, la libre salida y una escolta para acompañarlos á todos á la población inmediata; pero cuando los sitiados hubieron depositado sus armas al salir del fuerte, el jefe francés los abandonó á merced de los indios sus aliados, que degollaron los que quisieron y se llevaron los demás prisioneros. Frontenac, al disponer estas tres expediciones, lo hizo con el triple objeto de reanimar el valor muy decaído de los canadienses, de probar á los iroqueses que poco ó nada podían esperar del apoyo inglés y de inducir á los indios abenakis (1) á renovar sus ataques á los colonos fronterizos ingleses por el lado Norte y Noroeste. Al mismo tiempo se lisonjeaba de que con estas atrocidades inspiraría á los colonos ingleses un temor saludable y les obligaría á observar una política mercantil mas prudente. Pero en esta última esperanza anduvo muy errado al juzgar así el carácter práctico, pero enérgico, de las poblaciones pacíficas inglesas. En lo demás, el éxito mas completo coronó sus deseos; la impresión que produjo en los habitantes del Canadá fué la que Frontenac había calculado: el pueblo recobró confianza y brío, y los indios, desconfiando de los ingleses y temiendo las represalias de los franceses, acudieron en masa á Montreal y demás puntos del Canadá á vender, como en tiempos anteriores, las pieles de castor y de otros animales.

Pero al propio tiempo los enemigos de los franceses, según se supone los iroqueses, queriendo vengarse y furiosos de ver disminuidos sus mercados de pieles, concibieron la idea de atacar el Canadá en unión de las colonias inglesas. Los ingleses de Nueva York y los gobiernos de todas las colonias de la Nueva Inglaterra acogieron la idea muy pre-

(1) Los abenakis formaban también parte de la raza algonquina y ocupaban la cuenca del río Kennebec, que formaba el límite entre New-Hampshire y el territorio del Maine.

surosos, y á principios de mayo reuniéronse sus delegados en Nueva York á fin de acordar lo necesario para su realización. Convinieron allí en que la colonia de Nueva York contribuiría con 400 hombres, y las de Massachusetts, Plymouth y Connecticut juntas con 355; los iroqueses por su parte prometieron unir á la expedición todos sus guerreros, si bien los ingleses no hicieron caso ninguno de la promesa de aquella gente salvaje y falaz. Albany fué el punto donde debían reunirse las milicias coloniales, para dirigirse desde allí por el lago de Champlain sobre Montreal. Competencias entre las colonias dificultaron la elección de un jefe, la cual, despues de mucho discutir, recayó en la persona de Fitz John Winthrop, de Connecticut. Este ejército, ó mejor dicho, esta reunión de somatenes, llegó hasta el lago de Champlain, donde faltaron víveres y canoas, y para mayor desgracia la expedición, que desde un principio había sido un aborto, fué acometida de viruelas. El jefe dió orden de regresar á Albany, mas para que no acabara todo en una alharaca ridícula, dió permiso á uno de sus capitanes para hacer, con algunos voluntarios incendiaron casas, graneros y haces de heno, mataron ó se llevaron prisioneras unas 25 personas, entre soldados y habitantes, hombres y mujeres, y degollaron sin utilidad ninguna una multitud de cabezas de ganado. Toda la expedición fué mas un ultraje grosero que una empresa política.

Simultáneamente con esta expedición abortada contra Montreal se efectuó otra marítima, organizada por la colonia de Massachusetts, compuesta de siete buques, 188 tripulantes y 500 milicianos, y mandada por Guillermo Phipps, marino de baja estirpe, rudo y resuelto, que había recibido título de nobleza del rey de Inglaterra. No tenía Phipps gran talento, pero lo suplían en parte su energía, su franqueza brutal, su arrojo y genio aventurero, y sobre todo su feliz estrella. Era buen inglés y había llegado, en la época que nos ocupa, al puesto de gobernador de Massachusetts.

A fines del mes de abril de 1699 hízose el gobernador Phipps á la vela con la escuadra de la colonia y desembarcó el 11 de mayo en el puerto de Port Royal, plaza principal de Acadia (Nueva Escocia). Al llegar intimó la rendición, y el gobernador de la plaza, que solo tenía setenta hombres de guarnición, la entregó sin resistencia, á condición de que el vencedor respetaría la propiedad particular y la iglesia, y de que la guarnición sería enviada á Quebec ó á Francia. Convínose así; pero luego resultó que mientras se parlamentaba se ocultó una partida de mercancías en el bosque inmediato, y en esta ocultación vió Phipps un pretexto para imponer una fuerte contribución de guerra al comercio, poner presa á la guarnición y profanar la iglesia. Obligóse á los habitantes á jurar fidelidad á los reyes de Inglaterra Guillermo y su esposa María, en cambio de lo cual Phipps les concedió la vida, la libertad y sus propiedades. Hecho esto, ordenó la elección de un presidente y de seis consejeros en calidad de gobierno interino hasta la llegada de nuevas órdenes del rey ó de la autoridad superior de la Nueva Inglaterra. Despues de encargar á uno de sus capitanes la sumisión y ocupación de algunos otros puntos, volvió Phipps á Boston con el resto de su escuadra, y 59 soldados y dos sacerdotes prisioneros. De esta manera la colonia de Massachusetts conquistó toda la Acadia; pero le faltaron la tropa y el dinero necesarios para conservar su conquista.

No permitiendo lo adelantado de la estación la llegada de recursos de la metrópoli, se decidió otra expedición análoga contra Quebec, calculando que se sacaría de esta ciudad una contribución suficiente para cubrir los gastos. Nadie dudaba que Dios concedería á los protestantes la victoria sobre los

papistas é idólatras franceses; mas para asegurar mejor la protección divina, ordenó el gobierno de Boston un día de suspensión de trabajo que debía emplearse en hacer penitencia y en meditaciones religiosas. Para arbitrar los fondos necesarios acudió el gobierno á una suscripción, pero esta no dió resultado, y entonces embargó 32 embarcaciones, entre grandes y pequeñas, y reunió 2,200 hombres entre marineros y milicianos; Phipps fué nombrado otra vez jefe de la expedición, segundo jefe un comerciante y oficiales varios artesanos y labradores. El 9 de agosto hízose la escuadra á la vela con víveres para cuatro meses pero con escasas municiones de guerra y sin prácticos para dirigir los buques, de los cuales el mayor estaba armado de cuarenta y cuatro cañones, entre los bajos y arrecifes que abundan en el río de San Lorenzo. Al cabo de algunas semanas la escuadra echó anclas algo mas abajo de la ciudad de Quebec, á la cual Frontenac había hecho fortificar á toda prisa, poniendo además sobre las armas toda la gente disponible. El mensajero que se presentó de parte de Phipps para intimar la rendición, fué introducido con los ojos vendados en la ciudad y conducido delante del gobernador, donde le quitaron la venda de los ojos. En el camino había oído ya mucho ruido de gente armada, y cuando pudo ver dónde estaba, se encontró en una vasta sala llena de oficiales franceses vestidos con brillantes uniformes y en medio de ellos el gobernador. Todos miraban con altanería y desprecio al modesto ciudadano de Boston, el cual, sumamente turbado, presentó la carta de su jefe. La contestación fué naturalmente orgullosa y negativa; la impresión que el mensajero llevó á Phipps fué de desaliento y el resultado de la expedición lamentable. Los franceses destruyeron y dispersaron la escuadra enemiga; algunos buques embarrancaron en los bajos y fueron apresados, y en noviembre volvió Phipps con los buques que le habían quedado al puerto de Boston, á donde tres meses despues arribaron en malísimo estado algunos de los buques extraviados. Esta guerra aumentó la deuda de la colonia de Massachusetts en 1.250,000 pesetas, y para acallar á tanto acreedor, y por lo pronto á los marinos y soldados que reclamaban sus sueldos devengados hubo que emitir, por primera vez en aquella colonia, papel moneda. Los de Quebec, despues de hacer cantar un *Te-Deum* y celebrar procesiones, depositaron en su catedral la bandera almirante que habían tomado. A esta victoria siguieron otras que Frontenac alcanzó sobre ingleses é iroqueses; el comercio de pieles se aumentó, y con él la prosperidad y bienestar del Canadá y de su capital. El rey envió al conde una carta laudatoria autógrafa y una fuerte suma por vía de gratificación.

La paz de Ryswick, firmada en 1697, puso término también á la guerra entre franceses é ingleses en América, y en 28 de noviembre del mismo año pasó á mejor vida, á la edad de 78 años y en el uso de todas sus facultades intelectuales, el conde de Frontenac, el mejor gobernador que la Nueva Francia había tenido hasta entonces, segun dijo el jesuita encargado de la oración fúnebre.

La Salle

Juan Talon, el gran intendente del Canadá, que tanto hizo por desarrollar los recursos de la Nueva Francia, de cuya administración estaba encargado, concibió planes mucho mas vastos. Para dejar á los ingleses limitados á la parte marítima que tenían ocupada, trabajó por extender la influencia ó el dominio de su país por el interior de la América del Norte, valiéndose de los misioneros jesuitas, de los compradores de pieles, de aventureros arrojados y de avanzadas militares francesas encargadas de hacer descubrimientos, ocupar los puntos mas convenientes y establecer en el mas meridional,

ribereno del golfo de Méjico, un puerto desde donde la Francia pudiera observar á los españoles é impedir su avance por aquel lado.

Para tan vasto plan encontró un poderoso auxiliar en un discípulo de los jesuitas llamado Roberto Cavelier de La Salle, hijo de una familia muy distinguida de Ruan, donde había nacido en el año 1643 y donde había recibido una buena instrucción en la escuela de los jesuitas. A la edad de veintitres años embarcóse para el Canadá con el objeto de hacer allí fortuna, y en Montreal el superior del seminario de San Sulpicio le hizo donación de un vasto territorio, en el cual se estableció como señor feudal. Imbuído en las ideas de su época, abrigaba el pensamiento de encontrar una ruta marítima ó fluvial á la China y al Japon, por cuya razón dió el nombre de La Chine á la colonia que formó y que hoy es la ciudad del mismo nombre. Allí se dedicó con ahinco al estudio de los idiomas de los indigenas, llegando á poseer con perfección varios de ellos al cabo de algunos años. Recibió frecuentes visitas de indios que le hablaron de un río grande y hermoso, el Ohio, que nacía en su país y desembocaba en el mar, pero despues de un curso tan largo que solo podía llegarse á su desembocadura al cabo de una navegación de ocho á nueve meses. Se ve que los indios consideraban al Mississippi como la continuación del Ohio, mientras este río es considerado por los geógrafos solo como afluente de aquel. La Salle suponía con razón que este Ohio debía desembocar en el golfo de Méjico, y entonces no dudaba ya de encontrar desde el golfo otro paso al mar de China. Lleno de entusiasmo expuso su plan al gobernador y al intendente del Canadá, los cuales al parecer aprobaron su empresa de explorar el curso del citado río y las comarcas ribereñas, pero no le concedieron para ello auxilio particular ninguno. La Salle emprendió su viaje, y si bien no existen datos sobre él, se sabe que recorrió el Ohio y que probablemente descubrió también el Illinois, afluente del Mississippi, mas arriba de la confluencia de este con el Ohio, bien que no debió de llegar hasta la desembocadura del Illinois en el Mississippi, pues de otra manera habría seguido mas abajo.

Un comerciante hijo de Quebec, llamado Luis Joliet, hombre inteligente, arrojado y tenaz, que nació en 1644 y había recibido una instrucción regular en la escuela de los jesuitas de la misma ciudad, se propuso buscar y explorar el Mississippi, al cual los indios llamaban *el padre de los rios*. Despues de reunir todos los informes posibles de los naturales del país y trazarse un mapa de la ruta, embarcóse el 17 de mayo de 1673 con cinco compañeros en dos canoas indias, embarcaciones ligerísimas hechas de corteza de abedul. Subiendo probablemente por el río San Lorenzo pasaron al lago Ontario; desde este al Erié, que atravesaron costeando en toda su longitud, y de este se trasladaron por tierra hasta el Illinois, en el cual se volvieron á embarcar probablemente donde está hoy la ciudad de Joliet, llamada así evidentemente en honor del arrojado viajero, como mas abajo la ciudad de La Salle, en honor del descubridor del río Illinois. Siguiendo luego la corriente de este río desembocaron, despues de un mes de viaje, el 17 de junio, en el Mississippi, desde el cual solo vieron inmensos páramos en que pacían acá y allá manadas de innumerables búfalos. Bajaron por el caudaloso río con la prudencia de indios, desembarcando solo de noche y pasándola muchas veces en el río en sus lanchas, amarradas en puntos á propósito, y haciendo siempre uno ó dos de ellos la centinela. A los quince días de seguir la corriente vieron los primeros seres humanos: era una tribu india que los recibió amistosamente. Llegado que hubieron al punto donde desemboca el río Arkansas en el Mississippi, convinieron en que este último de ningún mo-

do podía verter sus aguas ni en el golfo de California ni en el Atlántico, sino que se dirigía directamente al golfo de Méjico, que creían bastante cerca, pero que distaba en realidad todavía mas de 1,100 kilómetros. No se atrevieron á pasar mas adelante para no ser inmolados por alguna horda salvaje ni caer en manos de los españoles, perdiendo los preciosos datos que habían recogido. En su consecuencia, resolvieron retroceder y volver al Canadá para comunicar al gobierno de la colonia el resultado de su viaje. Empezaron, pues, la vuelta el 17 de julio, y á fines de setiembre, remando de día contra la corriente, bajo el sol abrasador del verano, descansando por las noches en las orillas húmedas y respirando un aire lleno de miasmas palúdicos, llegaron á Green-Bay, brazo del lago Michigan, pues habían entrado y subido por el río Wisconsin. Desde allí dirigióse Joliet á toda prisa á Quebec para presentar sus datos al conde de Frontenac; pero al llegar á las cascadas de La Chine zozobró su lancha, dos de sus compañeros y un muchacho indio se ahogaron, todos sus papeles se perdieron y Joliet salvó á duras penas la vida, pero nada mas.

Entretanto estaba combinando La Salle, en su posesión de La Chine, nuevos proyectos, siendo el principal la colonización con franceses de la cuenca del Mississippi hasta las playas del golfo de Méjico. Pensaba construir una fortaleza junto á la desembocadura de este río y asegurar así la salida de los productos del interior. Al conde de Frontenac gustó el plan, porque veía en él una mina de negocios lucrativos sin menoscabo de los intereses de la colonia; y á falta de otros recursos dió á La Salle cartas de recomendación para el rey y para personas influyentes de la corte. La Salle, despues de haber construido á orillas del lago Ontario un fuerte que llamó Frontenac, y que hoy es la ciudad de Kingston, salió para Francia y en la corte fué recibido con gran satisfacción. A petición suya concedióle el rey carta de nobleza y le cedió un gran territorio en la comarca del fuerte de Frontenac, á condición, segun él mismo propuso, de reembolsar al gobierno de la colonia los 10,000 francos que el fuerte había costado, de mantener en él una guarnición suficiente, de establecer á su alrededor una colonia francesa, con una iglesia tan pronto como la colonia contara un centenar de almas, y de fundar en la inmediación otra colonia de indios. El territorio cedido era uno de los mejores del Canadá, y entre su familia y varios amigos se reunieron los fondos necesarios para reembolsar al tesoro la suma arriba dicha, convertir el fuerte de madera en fuerte de piedra, mantener la guarnición y pagarla el debido sueldo.

A haber sido La Salle nada mas que comerciante, habría podido hacer un caudal inmenso, porque podía en su nueva posición monopolizar la parte mas productiva del comercio de pieles; pero su ambición era mas vasta, pues quiso extender su dominio á las cuencas del Ohio y del Mississippi, ó en otros términos, monopolizar el comercio de todo el interior del continente norte-americano. Esto excitó la envidia de los comerciantes del Canadá y la susceptibilidad de la Compañía de Jesus, que reservaba para sí el dominio del continente americano y estaba decidida á no dejarlo á un comerciante de pieles como La Salle, temible tanto por su arrojo é inteligencia como por las influencias que ocultamente le protegían.

Dos años despues de su regreso á América había cumplido La Salle todas las condiciones de su concesión. Al Mediodía de su fuerte había una pequeña aldea poblada por algunas familias francesas, y algo mas distante otra de iroqueses; además había construido cuatro buques de 24 á 40 toneladas para la navegación del lago y del río, y si bien las embarcaciones mas en uso eran las canoas, los remeros de